

LA PRINCESITA BUENA

Erase una vez una princesita sufría mucho desde la ventana de su habitación, en palacio, cuando veía a los pobres mostrando su miseria ante quienes venían en sus carrozas, escondidos tras los tupidos cortinajes de terciopelo con bordados en oro, esperando alcanzar alguna de las monedas de cobre que arrojaban a puñados sobre el suelo húmedo y, a trozos, embarrado.

La princesita, por supuesto, tenía los cabellos dorados como el oro. La princesita, faltaría más, mostraba siempre un tibio rubor sobre la nacarada piel de sus mejillas. La princesita, ¡ay!, suspiraba lánguidamente mientras el juglar, a sus espaldas, tañía la vihuela y entonaba con su voz grave la melodía de amor.

La princesita sabía, así se lo enseñó su confesor, que aquellos andrajos rellenos de carne estaban allí para recordarles a quienes, como ella, debían afrontar la pesada y agobiante carga del gobierno, hoy y siempre, que el Buen Dios Todopoderoso mediría su corazón y su caridad, y los pondría en la balanza del Juicio Final junto a sus malos pensamientos y sabría cuál era el lugar destinado a su alma.

La princesita, alguna vez, había ocupado el interior de la carroza real camino a las Justas que se solían celebrar cada año, durante el aniversario de la coronación del rey, su papá. ¡Qué divertida era la carroza de papá!; con sus asientos como piel de melocotón, sus pequeñas bolsitas de seda llenas de fragancias y el saco repleto de monedas de cobre donde sus hermanos y ella metían las manitas y las sacaban haciendo tintinear las rojizas piezas que, al caer, producían los gritos y las carreras del populacho.

¡Y cómo eran de altos los oficiales de palacio! Sus petos relucientes con el escudo real labrado, su casco negro y pulido, con su penacho de plumas, las espuelas doradas sobre las altas botas de cuero y sus miradas entre solícitas, arrogantes y cortesés. La princesita miraba por su ventana la puerta de palacio y se preguntaba cómo era posible que el Buen Dios Todopoderoso hubiera creado seres para recordarle lo afortunada que era mientras se le permitía vivir en el palacio de papá, viajar en la carroza de papá, oír la música del juglar de papá y coquetear discretamente con los jóvenes y apuestos oficiales de la Guardia de papá. “¡Qué bueno era su papá!” -pensaba la princesita quien, como me parece haber ya mencionado, sufría mucho, muchísimo, cuando veía a los pobres mostrando su miseria ante los que venían en sus carrozas, escondidos tras los tupidos cortinajes de terciopelo con bordados en oro, esperando alcanzar alguna de las monedas de cobre que arrojaban a puñados sobre el suelo húmedo y, a trozos, embarrado.

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado

3 de Junio de 1.996

Antonio Diego Duarte Sánchez (27428747)